

Paseando con hombres

ANN BEATTIE

Traducción de Catalina Martínez Muñoz

Título original: *Walks with men*

© 2010 by Ann Beattie

© de la traducción: Catalina Martínez Muñoz, 2016

© de esta edición: Gatopardo ediciones, 2016

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España).

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: octubre de 2016

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta:

Pareja paseando

© Hrecheniuk Oleksii / Dreamstime

Imagen de interior:

Barrio de Chelsea, Nueva York

Imagen de la solapa:

© Sigrid Estrada

ISBN: 978-84-945100-2-1

Depósito legal: 16303-2016

Impresión: REINbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Barrio de Chelsea, al oeste de Manhattan,
en Nueva York, donde se desarrolla parte
de esta historia.

En 1980, en Nueva York, conocí a un hombre que me prometió que cambiaría mi vida si le daba permiso. Éste fue el trato: él me lo contaría todo, todo, con la condición de que quedara en el anonimato, de que nadie supiera que había una relación entre nosotros. En un principio, el acuerdo no parecía gran cosa, pero mi intuición me dijo que él sabía cosas sobre la mentalidad de los hombres que yo ignoraba. Y, por aquel entonces, creía que comprender a los hombres me enseñaría a construir mi propia vida. Me gustó la idea de que nadie supiera que había algo entre nosotros: ni la universidad en la que él daba clases ni la revista para la que yo trabajaba. Ni mi novio, que estaba en Vermont.

—Tú me das información y yo, ¿qué te doy?

—Me prometes que nadie podrá seguirme el rastro. Te explicaré todo lo que quieras saber de los hombres, pero no puedes decirle a nadie que soy tu fuente de información.

—¿De verdad crees que los hombres son tan especiales?

—Una especie distinta. Y yo la comprendo muy bien, porque en ella me he refugiado de la lluvia —dijo—. Eres lista, pero te falta conocer lo esencial. Cuando lo sepas te quedarás de piedra.

—Nadie habla así a nadie —dije.

Y (mientras me acariciaba la muñeca con el pulgar) contestó:

—¿Crees que no lo sé?

Neil había sido el escritor elegido para poner en contexto unas declaraciones que yo había hecho en una entrevista para el *New York Times* sobre el desencanto de mi generación. Sin embargo, en contra de lo habitual entre el comentarista y el objeto de sus comentarios, Neil y yo nos conocimos. Poco después me hizo su proposición, y no dije que no. Me interesaba. Sólo había tenido dos relaciones largas, y nunca una aventura.

Dimos un paseo bajo la lluvia. Yo llevaba una cazadora Barbour que Neil me había comprado en una tienda de Lexington Avenue, en la misma manzana de mi hotel. Le parecía inconcebible que una persona de tan buen gusto como yo no tuviera una. Era la segunda vez que nos veíamos y no se trataba precisamente de una cita

romántica. Fue a recogerme al hospital, el Mount Sinai, después de que me hicieran una laparoscopia. Era una prueba sencilla: ingresé por la mañana y salí a primera hora de la tarde. Por lo visto, los médicos no previeron que me marearía y vomitaría en la acera, porque no era lo normal. («Una especie distinta.»)

Neil y yo nos habíamos conocido poco antes, cuando una editora de la sección de «Arte y Ocio» del *New York Times* propuso que comiéramos juntos. (El editor había recibido varias cartas a propósito de mis declaraciones y del artículo en el que él las ponía en «contexto».) Cuando se enteró de que yo iba a volver a Nueva York ese mismo mes, insistió en recogerme en el hospital. Desde allí fuimos en taxi hasta mi hotel y nos sentamos en un confidente, hombro con hombro, delante de una chimenea vacía. Sobre la chimenea había un cartel que prohibía encender el fuego bajo ninguna circunstancia. (¿Temían que a los huéspedes, en un arranque de locura, les diera por destruir antiguas cartas de amor, o que llevaran leña en la maleta?) Estaba mareada y me dolía la cabeza. Neil —pronto iba a descubrir que le gustaba hacer regalos para animar a la gente— empezó a pensar en voz alta y propuso que, mientras yo llamaba a mi madre y a mi padrastro para decirles que estaba bien, él iría a comprar una bufanda más a juego con mi cazadora.

¿Cómo podía llevar en el cuello un trapo de lana tan tosca? Serviría para abrillantar un coche. Y ¿no me parecía sosa la habitación del hotel? («No te fíes de un hotel remodelado hasta que haya pasado un año.») Así empezaron sus lecciones: yo, licenciada en Harvard con honores, aceptaba los consejos de un hombre maduro. La prueba médica había ido bien; no tenía molestias: ¿qué tal si tomábamos una copa de vino en el bar del hotel? (Dijo: «una copa», y me explicó que no estaba bien anunciar lo que ibas a pedir; había que decir «una copa», sin más.) Después me dejaría acostada e iría a comprarme una bufanda de Burberry —resistente, elegante y sencilla: si era buena para la reina, también tendría que serlo para mí—, y luego podíamos sentarnos en la cama y hablar de cosas más serias. Si yo hacía buenas preguntas, me prometió, él respondería con sinceridad y... ¿entonces? No habría secretos entre una chica que estaba a punto de cumplir veintidós años y el hombre de cuarenta y cuatro del que se había enamorado, y todo por la honorable causa de ilustrar a una jovencita para que no volviera a cometer los errores que había cometido —que podría seguir cometiendo— si alguien (Neil), *la persona idónea*, no intervenía.

La cursiva tiene una ventaja excelente: se ve de inmediato que las palabras se han dicho precipitadamente.

Cuando algo se presenta sesgado, es inevitable apreciar la ironía.

A los veintiún años, de la noche a la mañana, me convertí en una especie de fenómeno debido a una entrevista que me hicieron para el *New York Times* en la que yo —una licenciada de Harvard de ese mismo año, *summa cum laude*— había menospreciado mi formación en la Ivy League, en la ceremonia de graduación, en presencia del presidente Jimmy Carter, y había declarado mi intención de dejarlo todo para irme a vivir a una granja en Vermont. Pidieron a Neil, profesor del Barnard College, que aclarara los motivos del descontento de mi generación con el *establishment*, en un artículo para el mismo periódico, y él contextualizó mi angustia citando a Proust, Rilke, Mallarmé y Donald Barthelme. Al final del artículo —aunque eso no estaba implícito en el encargo—, me invitaba a regresar a las «viejas costumbres» con una divertida proposición de matrimonio. Cuando lo leí, le envié una nota en la que le decía que no tardaría en darle una respuesta. No capté la ironía dentro de la ironía, y aún menos me percaté de que él sólo estaba especulando, lanzando un globo sonda que yo tomé por un dirigible publicitario.